



Universidad de Navarra

Occasional Paper

OP nº 01/7

Noviembre, 2001

¿UN MUNDO MAS RICO, PERO MAS DESIGUAL?

Antonio Argandoña *

Publicado por la Cátedra Economía y Ética

* Profesor de Economía, IESE

La finalidad de los IESE Occasional Papers es presentar temas de interés general a un amplio público. A diferencia de los Documentos de Investigación, no pretenden ofrecer aportaciones originales a los conocimientos empresariales.

IESE Business School - Universidad de Navarra

Avda. Pearson, 21 - 08034 Barcelona. Tel.: (+34) 93 253 42 00 Fax: (+34) 93 253 43 43

Camino del Cerro del Águila, 3 (Ctra. de Castilla, km. 5,180) - 28023 Madrid. Tel.: (+34) 91 357 08 09 Fax: (+34) 91 357 29 13

Copyright© 2001, IESE Business School. Prohibida la reproducción sin permiso

¿UN MUNDO MAS RICO, PERO MAS DESIGUAL?

Resumen

Al echar un vistazo a lo que ha sido el siglo XX, lo primero que llama la atención es el formidable crecimiento económico experimentado por todo el mundo: no sólo por los países ricos, que habían iniciado la fase de crecimiento sostenido ya en el siglo anterior, sino también por muchos países que habían quedado al margen de la creación de riqueza hecha posible por la revolución industrial. Pero es también un mundo más desigual. Aquí se estudian los caracteres de ese proceso de crecimiento y sus efectos sobre la desigualdad, para concluir con algunas recomendaciones útiles, sobre todo, para los países en vías de desarrollo.

¿UN MUNDO MAS RICO, PERO MAS DESIGUAL?

Excmo. Sr. Rector Magnífico, ilustrísimas autoridades, miembros del claustro académico, estudiantes y personal de la Universitat Internacional de Catalunya, señoras y señores:

Cuando acepté la amable invitación del Sr. Rector Magnífico para pronunciar esta lección inaugural, sabía que iba a incurrir en una deuda cuantiosa y en una gran responsabilidad. Una deuda, por el honor del que me hacía objeto el profesor Jordi Cervós al invitarme a ocupar esta tribuna en una universidad joven pero ya muy prestigiosa. Y una responsabilidad porque, si la tarea del profesor no es nunca la de llenar un rato de clase de manera más o menos amena e interesante, entiendo que, con mucha más razón, una lección inaugural debe estar a la altura de las ambiciones, metas e ilusiones del claustro y de los alumnos de la universidad.

Por ello, elegí un tema que, sin duda, debe ocupar un lugar central en el campo de interés no sólo de los economistas y de los científicos sociales, sino también de los humanistas, ingenieros, científicos naturales y artistas: el del bienestar material de la humanidad y, muy relacionado con él, el de la realización de los ideales de justicia y solidaridad. Y la ocasión, apenas iniciado el tercer milenio, parece adecuada para tratar de estos temas.

El siglo XX ha sido un siglo de contrastes: barbarie y reconocimiento de los derechos humanos, crecimiento de la población y soledad de la persona, totalitarismos y democracia... ¿Más contrastes que en épocas pasadas? Probablemente, no. Pero en el siglo recién concluido, nuestras expectativas eran muy superiores. Y esto es ya un motivo de reflexión: ¿estaban infundadas nuestras esperanzas de un mundo mejor, más humano, más culto y próspero, o, simplemente, los hombres y mujeres de los años mil novecientos no hemos estado a la altura de nuestras posibilidades y responsabilidades?

El contraste en que quiero fijarme aquí tiene tres vertientes. Una es el crecimiento fabuloso de la población: los 1.650 millones que poblaban la Tierra hacia 1900 han pasado a ser hoy algo más de 6.000 millones, con un crecimiento medio anual del 1,31%. El proceso se fue acelerando, hasta llegar al 2% de crecimiento anual en los años sesenta, que significa que la población se duplicaba cada 36 años.

No es de extrañar, pues, que algunos agoreros hablasen de una “bomba demográfica” y de la perspectiva de un mundo de hambre y miseria. De hecho, Paul Ehrlich lo vaticinó para los años setenta del siglo pasado. Pero, afortunadamente, esa profecía no se cumplió. Primero, porque la tasa de crecimiento de la población se moderó rápidamente: hoy es sólo del 1,26% anual, y se estima que bajará al 0,46% en la primera mitad del siglo XXI (aunque la población absoluta seguirá creciendo, como es lógico, hasta alcanzar los 8.900 ó 9.000 millones a mediados del siglo XXI).

Y segundo, porque la producción mundial de bienes y servicios ha crecido a tasas muy superiores a las que históricamente venían siendo consideradas como muy optimistas. En efecto, durante milenios el crecimiento de los recursos apenas cubría las necesidades de la población. Los 270 millones de hombres y mujeres que habitaban el mundo al final del primer milenio disponían de una renta per cápita de unos 130 dólares de 1990 (en paridad de poder adquisitivo), y los 600 millones que vivían en tiempos de Napoleón apenas llegaban a 160 dólares: un crecimiento del 23% en 700 años. Pero esto empezó a cambiar como consecuencia de la revolución industrial, primero en Europa, ya en el siglo XIX, para extenderse a todo el mundo en el siglo XX, a lo largo del cual el nivel medio de vida de la población se ha multiplicado por nueve, hasta acabar en una renta por habitante de unos 6.500 dólares de 1990 (más de 40 veces el de 1700).

Permítanme mostrar algunos datos de esa fabulosa mejora del nivel de vida de la humanidad en el siglo recién acabado. La esperanza de vida al nacer ha pasado en una centuria de 40 a 67 años, y el porcentaje de niños que mueren en el primer año de vida, del 25 al 6%. Si el 45% de la población sufría una seria desnutrición en 1949, hoy ese porcentaje ha caído al 18%, y se espera que sea sólo del 6% dentro de tres décadas. En 2001, para una gran parte de la población mundial, la desnutrición crónica y las enfermedades endémicas han sido prácticamente erradicadas. Y ello contrasta con el hecho de que, hace 150 años, entre el 15 y el 20% de los varones adultos de Gran Bretaña o Francia, entonces los países más ricos del mundo, vivían de la mendicidad.

Una buena prueba de este avance es la formidable caída de los precios relativos de los bienes y servicios. En 1895, una bicicleta sencilla, sin cambio de marchas, costaba en Nueva York el equivalente a 260 horas de trabajo de un obrero industrial; hoy se puede comprar con menos de lo que ese obrero gana en un día –y su calidad es mucho mayor. En 1840, antes de la hambruna de la patata, un obrero irlandés debía dedicar una tercera parte de su salario diario para la compra de una libra de ese alimento básico; hoy, un obrero norteamericano que cobre el salario mínimo sólo tiene que dedicar dos minutos de trabajo.

Y, sobre todo, disponemos hoy de bienes y servicios que antes eran simplemente inimaginables: luz eléctrica, calefacción central, lavavajillas, radio, televisión, fotocopiadora, prendas de fibras sintéticas y un larguísimo etcétera. Incluso los más ricos de 1900 se asombrarían si les dijese que podrían viajar de Nueva York a París en unas horas, o escuchar en casa su ópera preferida, a cargo de los mejores intérpretes, simplemente apretando un botón. Y esos bienes están hoy al alcance de muchos millones de personas, lo mismo que las vacunas, la atención médica o los trasplantes, que han mejorado considerablemente la calidad de nuestra vida.

Y todo ello, con mucho menos esfuerzo, porque a lo largo del siglo XX hemos visto caer las horas de trabajo a lo largo de la vida. Comparen, por ejemplo, las poco más de 35 horas semanales de hoy con las más de sesenta de hace cien años, y añádanle una larga escolaridad, el retiro a los sesenta o sesenta y cinco años, las fiestas, las vacaciones, etc. Esto ha aumentado considerablemente nuestras oportunidades de ocio: pero un ocio mucho más rico, si tenemos en cuenta que, para millones de personas, hace un siglo, el uso del tiempo libre se limitaba a los oficios religiosos del domingo y a las visitas a la taberna entre semana.

No quiero insistir más en lo que es la primera tesis de esta lección: el nivel y la calidad de vida de la población mundial han experimentado, a lo largo del siglo pasado, un crecimiento fabuloso. Podemos afirmar que los hombres y mujeres del siglo XX hemos superado la economía de la necesidad, que nos exigía dedicar la mayor parte de nuestra vida simplemente a sobrevivir –y una supervivencia muy precaria–, para entrar en el terreno de

la libertad y de la oportunidad. Aunque –es verdad– todavía quedan 1.500 millones de personas que no han podido tomar el “tren del desarrollo económico”, es decir, que no han sido capaces de iniciar en sus vidas el proceso que les permitirá entrar en una fase de crecimiento, alto o bajo, pero positivo y sostenido, hacia la mejora continua de su nivel de vida.

Me imagino que se les ocurrirán inmediatamente algunas objeciones a esa tesis optimista. Por ejemplo: esa mejora de nuestro nivel de vida, ¿es integral o simplemente material? ¿No estaremos bloqueando el acceso a bienes espirituales? Los economistas solemos decir que tener más bienes materiales es siempre necesariamente mejor, porque, por lo menos, nos ofrece oportunidades. Pero esto no es verdad, porque la producción consume recursos, y el consumo también –el primero, el tiempo de nuestra vida. Y es probable que las decisiones que tomamos para tener acceso a más bienes materiales nos estén dificultando el acceso a otros, como la autoestima, la capacidad de controlar nuestros impulsos, el sentido de comunidad o la solidaridad. Y esos bienes inmateriales no se pueden “producir” cuando queramos: el que no aprendió la autodisciplina cuando niño, no está en condiciones de “producirla” a voluntad, cuando haya comprobado, ya mayor, que ésa es una carencia importante en su vida.

Hay otras objeciones a la visión optimista que he presentado antes, como el temor a que el cambio económico destruya el tejido social, o a que el crecimiento económico ponga en peligro la supervivencia humana por la degradación del medio ambiente, o a que acabemos perdiendo nuestra identidad cultural. Pero, de acuerdo con el título de esta lección, quiero dedicar ahora mi atención a otra seria objeción: estamos, sí, en un mundo mucho más rico; somos capaces de ofrecer a todos los hombres y mujeres un nivel de vida digno, en lo material y en lo espiritual. Pero, de hecho, no todos tienen acceso a esos bienes. ¿Estamos en un mundo desigual?

Sin duda, sí: estamos en un mundo desigual, tanto dentro de las naciones –ricos frente a pobres, parados frente a ocupados, trabajadores frente a capitalistas, empleados cualificados frente a no cualificados, etc.–, que es muy importante a la hora de valorar la solidaridad de esa sociedad y su estabilidad social, pero a la que no me referiré aquí, porque me interesa otra desigualdad, la que se da entre naciones.

El fenómeno de la desigualdad en los niveles de renta entre naciones está relacionado con el proceso de crecimiento económico a que me he referido antes. Supongamos dos países que, hace cien años, tenían una renta de 100 dólares per cápita cada uno. Si el primero consiguió crecer, a partir de esa fecha, a una tasa anual del 3%, y el otro sólo lo hizo a una tasa del 1%, al cabo de diez años sus rentas relativas serán de 134 y 110 dólares (una proporción de 1,2 a 1). Pero al cabo de cien años, es decir, en 2000, el segundo habría alcanzado un nivel de vida de 270 y el primero uno de 19.218 dólares, 71 veces mayor. El país pobre también habrá mejorado su nivel de vida, pero, sin duda, no se sentirá satisfecho. Y también se preguntará si será capaz alguna vez de alcanzar al país rico.

La respuesta es afirmativa: podrá alcanzarlo, pero el proceso será difícil y, sin duda, tardará muchos años en conseguirlo. Supongamos que, a partir del año 2000, el país rico sigue creciendo a una tasa anual del 3%, y que el pobre es capaz de crecer a una tasa del 6%, el doble de la del rico. Pues bien, la diferencia absoluta de renta, es decir, la brecha entre sus niveles de bienestar, seguirá creciendo aún durante 125 años, y sólo al cabo de 148 el país pobre conseguirá alcanzar al rico en nivel de renta por habitante.

Este sencillo ejemplo numérico es una muestra del poder del diferencial de crecimiento acumulativo –o del interés compuesto, en la matemática financiera. Y pone

también de manifiesto que la comparación de niveles de renta entre países nos dice sólo una parte, y probablemente la menos importante, de lo que es relevante. El mundo es desigual porque los distintos países han seguido, en el pasado, tasas de crecimiento distintas.

Quizá piensen ustedes que mi tesis adolece de determinismo histórico. No es así. Todos los países del mundo han partido de niveles de vida míseros y bastante parecidos entre sí: la proporción de renta per cápita entre el país más rico en 1700, Gran Bretaña, y los países más pobres, que entonces eran casi todos los demás, debió ser de dos a uno. Pero unos pocos países fueron capaces de crecer de manera sostenida durante un largo período: son –somos– los que ahora nos llamamos ricos o desarrollados. Sus trayectorias fueron distintas, pero todos ellos fueron capaces de converger, uno detrás de otro, hacia las rentas de los países más ricos –y España es un buen ejemplo de esa convergencia.

La clave de esa evolución radica en dos hechos. Primero, el haberse adelantado: los países que forman hoy la zona del euro, por ejemplo, llevaban más de siglo y medio de ventaja sobre China cuando ésta inició su despegue económico, hacia 1970; por eso la renta per cápita europea en 1999 era aún más de seis veces mayor, a pesar de lo mucho que se ha espabilado el gran país asiático en los últimos años. Y segundo, el haber conseguido crecer más aprisa que otros: por ejemplo, aunque los niveles de renta per cápita de Filipinas y Corea del Sur no era muy diferentes cuando ambos cruzaron el umbral del desarrollo hacia 1960, en 1995 los coreanos eran cuatro veces más ricos que los filipinos.

En ese proceso hubo, además, “milagros” y “desastres”. Los milagros los protagonizaron países que fueron capaces de saltar del pelotón retrasado y acelerar su crecimiento. Gran Bretaña fue el primero, hacia principios del siglo XVIII; Francia, en la época napoleónica; Estados Unidos y el núcleo de países europeos (Países Bajos, Alemania, los países nórdicos...) y otros como Canadá y Australia, a mediados del siglo XIX; a finales de esa centuria, Japón y Argentina; Italia y España, ya en el siglo XX; los países del este de Asia, después de la segunda guerra mundial; China, en 1970; India, en 1980... y la carrera continúa.

Los desastres los protagonizaron países que, habiendo iniciado la carrera, quedaron descolgados de nuevo, como Argentina o Venezuela, algunas naciones de las costas de África o las de la antigua Unión Soviética. Esto significa que el crecimiento no está garantizado. He hablado antes de China, y puede ser oportuno recordar que, cien años antes del descubrimiento de América, China era el país más avanzado del mundo. Pero no supo, no pudo o no quiso mantener su posición.

Ahora bien, lo más interesante en todo este panorama es que los milagros están al alcance de casi todos: en la década de los noventa del siglo XX, por ejemplo, China creció de nuevo a una velocidad asombrosa, con una tasa media anual del 10,7% (lo que significa que su renta se duplica cada diez años); Singapur, un 8%; Malasia, un 7,3%; Chile y Uganda, un 7,2%; Laos, un 6,6%; Mozambique, un 6,2% (después de haber visto reducida su renta per cápita en un 15% entre 1950 y 1990, como consecuencia de una larga guerra civil), e India, un 6%. Y es que el potencial de crecimiento de los países pobres es mucho mayor que el de los ricos, aunque sólo sea porque pueden aprovechar toda la capacidad de crecimiento que ofrece la tecnología desarrollada en el mundo industrializado –lo que no quiere decir que sean capaces de sostener, ni siquiera de empezar, ese proceso.

Decididamente, el mundo en que nos encontramos al principio del tercer milenio es un mundo muy desigual. Los ricos son cada vez más ricos, y son también mucho más ricos que los pobres (el habitante medio de Estados Unidos tenía en 1999 una renta igual a 72 veces la renta del país más pobre, Sierra Leona, en paridad de poder adquisitivo), y la diferencia va aumentando en términos absolutos, de modo que podemos hablar hoy de una

distribución bimodal de la renta entre países, con una concentración de relativamente pocos países muy ricos en un lado de la distribución, y de muchos países pobres en el otro extremo, y una alarmante falta de lo que podríamos llamar la “clase media” del planeta, que algunos autores cifran en el 8% de la población mundial.

Pero hay motivos para la esperanza. Según las cifras del último «Informe sobre el Desarrollo Mundial» de Naciones Unidas, el conjunto de países llamados de renta baja (hasta 755 dólares de 1999 en renta per cápita anual, en paridad de poder adquisitivo) crecieron a una tasa media anual del 3,2% en la década de los noventa, menos que los de renta media (entre 755 y 2.995 dólares per cápita), que crecieron un 3,5% anual, pero más que los de renta alta, que lo hicieron sólo al ritmo del 2,3% (3,3% Estados Unidos; 1,8% la eurozona). Destacan, sobre todo, los países del este de Asia y el Pacífico, que crecieron a una tasa media anual del 7,5%, y los de Asia meridional, el 5,6%... pero sólo un 2,2% los de Africa subsahariana. Y si es verdad que algunos tuvieron tasas de crecimiento negativas durante períodos más o menos largos, como, en la década de los noventa, las antiguas repúblicas soviéticas (Moldavia, -11%; Ucrania, -10,7%; Azerbaijón, -9,6%; Turkmenistán, -6,8%; la República Rusa, -6,1%...) y algunos países africanos (República Democrática del Congo, -5,1%; Sierra Leona, -4,7%...), eso se puede explicar por las guerras civiles, los enfrentamientos tribales o el desmembramiento del tejido social y político.

Un dato importante es que los países pobres no son ahora más pobres que hace, digamos, un siglo. Y si efectuamos la comparación no en términos de renta monetaria, sino, por ejemplo, con el índice de desarrollo humano de las Naciones Unidas, que incluye factores como la esperanza de vida al nacer y la educación, el resultado es mucho más satisfactorio. Y esto es importante porque muestra que no hay una “trampa de la pobreza”, es decir, un nivel de vida tan bajo que sea casi imposible salir de él. O mejor, esa trampa existe, y la humanidad estuvo atrapada en ella durante milenios, pero ya consiguió liberarse de ella –también los países que hoy son los más pobres.

A estas alturas, me parece que la tesis que intento mostrar queda clara. Estamos en un mundo que es capaz de crecer muy deprisa y de generar una riqueza tal que debería bastar para garantizar un nivel de vida digno para todos sus habitantes. Y esto es válido no sólo para unos pocos privilegiados, sino para todos: la tasa anual acumulativa de crecimiento del producto bruto mundial en la década de los noventa fue del 2,5%. Y esto no es una hipótesis, sino algo que ya conseguimos en buena parte del siglo XX.

Pero –y esta es la segunda parte de mi tesis–, en la medida en que no todos los países no han estado en condiciones de subirse a tiempo al “tren del crecimiento”, ese mundo es también muy desigual. Y lo será durante mucho tiempo: primero, porque, como ya he dicho, algunos iniciaron el proceso mucho antes y llevan una considerable ventaja; segundo, porque no todos son capaces de aprovechar hoy las oportunidades que se les presentan para crecer, y tercero, porque ese proceso es inestable, y se puede truncar –y, de hecho, se ha truncado en el pasado, para muchos países.

Entiendo que ustedes puedan no estar de acuerdo en que estamos ante un problema que es más de crecimiento que de desigualdad. Sólo les recordaré que los estudios empíricos más solventes acerca de la desigualdad de rentas a nivel mundial muestran, primero, que esa desigualdad es grande, como ya he señalado antes; segundo, que es bastante estable en el tiempo (y que lo viene siendo, probablemente, desde hace siglos), y tercero, que los cambios que se observan en ella se deben, sobre todo, a un aumento de las desigualdades entre países, es decir, al hecho de que algunos crecen más aprisa que otros (lo que parece explicar alrededor del 90% de la variación en la desigualdad mundial). Con otras palabras, cuando un país crece, la distribución de la renta dentro del mismo país cambia, pero no mucho. Y ese

cambio parece relacionado con factores como la exclusión de grupos importantes de los beneficios del crecimiento, tal como se ha observado, por ejemplo, en la creciente desigualdad dentro de países como China, Indonesia, Rusia o India, lo que nos invita a considerar el papel de las instituciones y las políticas, al que me referiré más adelante.

La conclusión de esos estudios coincide con la tesis enunciada antes: la solución del problema de la distribución desigual de la renta en el mundo está en el crecimiento de los países, y sólo marginalmente en las medidas redistributivas. Las discusiones acerca de si la desigualdad favorece o perjudica el crecimiento son, desde este punto de vista, poco relevantes –aunque, eso sí, dan mucho trabajo a los economistas y animan mucho los debates sobre la globalización.

Todo lo anterior nos conduce a la segunda parte de esta lección: ¿por qué algunos países son capaces de crecer más aprisa que otros? ¿Qué hay detrás de la riqueza –y de la miseria– de las naciones?

La manera de pensar de los economistas sobre este tema ha cambiado considerablemente a lo largo del tiempo. No quiero aburrirles contándoles teorías y modelos, sólo les daré algunos fogonazos de lo que ahora “se lleva” o “no se lleva”, lo que está *up* o *down* a la hora de explicar el crecimiento de los pueblos –y, por tanto, a la hora de recomendar las políticas necesarias para aumentar la riqueza de las naciones.

Down: el capital físico. No es que sea innecesario: sigue siendo importante, a veces crítico, pero siempre accesorio. El capital –máquinas, fábricas, instalaciones, infraestructuras...– permite que la productividad de los hombres crezca, pero siempre de forma limitada, sujeta a rendimientos decrecientes. Por ahí no iremos muy lejos: la Unión Soviética lo intentó y tuvo éxito durante unos años, pero pronto agotó esta vía.

Up: el conocimiento. Si yo uso un tractor, nadie más puede usarlo al mismo tiempo. Pero un programa de software, las ideas para organizar un negocio o el conocimiento técnico que inspira el funcionamiento de una máquina, pueden ser usados por muchos a la vez, sin que se deteriore o se pierda. Más aún, cuantas más personas utilicen un conocimiento, más probable es que alguien encuentre el modo de mejorarlo, ampliarlo o corregirlo. El conocimiento no tiene rendimientos decrecientes.

Up, por tanto, el capital humano, clave para producir el conocimiento y, sobre todo, para usarlo. Se estima que un país que aumenta su tasa de escolaridad en 1,2 años, aumenta su tasa anual de crecimiento en un 1%. El capital humano se apoya en tres patas: alfabetización, enseñanza (primaria y secundaria, principalmente) y experiencia laboral. Invertir en escolaridad tiene un rendimiento del 9,3% anual en Estados Unidos; de un 9,5%, en Asia; de un 10,9%, en América Latina, y de un 13,1%, en África. Pocas inversiones financieras ofrecen más.

Pero *down*, la visión ingenua de la educación. Porque buena parte del conocimiento necesario está ahí, a disposición de todo el mundo. ¿Qué es lo que impide a los países en vías de desarrollo aprovechar el formidable stock de conocimientos de que ya dispone la humanidad?

Up, por tanto, los incentivos. «Los pobres, decía el premio Nobel de Economía Theodore Schultz, no están menos interesados que los ricos en mejorar su situación y la de sus hijos.» Si no lo consiguen no es porque no sepan cómo hacerlo, sino, probablemente, porque no se lo permitimos. El gobierno que mantiene artificialmente bajos los precios de los alimentos para moderar el coste de la vida en las ciudades superpobladas ganará,

probablemente, votos urbanos, pero estará arruinando a los agricultores y poniendo a su país al borde de la hambruna permanente.

Down, claramente, la ayuda. Cuando un país sufre los efectos de un terremoto o una epidemia, la ayuda urgente y masiva es esencial. Pero pensar que ese país conseguirá un crecimiento sostenido a base de donativos es, sencillamente, desconocer cómo actuamos los seres humanos. Las ONG cumplen una meritoria labor con sus programas de ayuda, pero hacen un flaco servicio a los países del Tercer Mundo cuando se empeñan en convertir sus objetivos particulares en la regla de conducta para todos. Como es también censurable la actitud de los países avanzados cuando se les llena la boca con palabras como libre comercio, globalización y competitividad, mientras cierran sus fronteras a las importaciones de productos agrícolas o manufacturas industriales intensivas en mano de obra, que son, hoy por hoy, la única baza con que cuentan los países en vías de desarrollo para subirse al “tren del crecimiento”.

Up, la población. No hay una “bomba de la población”, una amenaza de hambre y miseria ligada a una población creciente. Primero, porque, como dije antes, la tasa de crecimiento de la población mundial es ahora claramente decreciente. Segundo, porque la producción mundial de alimentos por persona ha crecido un 52% en las cuatro últimas décadas. Y, sobre todo, porque el hombre es, en frase de Julián Simon, el recurso final de que disponemos. Si el conocimiento es la clave del crecimiento, el hombre es la clave de la producción y del uso de ese conocimiento. Matando a los no nacidos no erradicamos la pobreza, y estamos eliminando a muchos Newton y Einstein potenciales.

Up, la apertura al comercio, a la inversión, a la tecnología, a las personas y a las ideas, en definitiva, a la globalización. El comercio es, sobre todo, un reto, y, por tanto, una oportunidad. Los países que abren sus fronteras pueden superar la estrechez de su mercado, especializarse, aumentar su productividad, incorporar las nuevas tecnologías y crecer más aprisa. Los grandes perdedores en la economía mundial no son los que han tenido la valentía de abrir sus fronteras a la competencia, sino, al contrario, los que las han cerrado. El ejemplo de la Unión Soviética desde finales de los sesenta es paradigmático, como lo son, en años recientes, los casos de la República Democrática del Congo, Sierra Leona, Ruanda, Guinea-Bissau, Albania, Siria, Ucrania... Y otro tanto ocurre también dentro de cada país: los grupos abiertos son, a la larga, los ganadores, y los cerrados, los perdedores, sean estos la elite terrateniente, los trabajadores cualificados, los burócratas o los banqueros. Con la triste particularidad de que los perdedores pueden poner palos en las ruedas de la apertura, sacrificando de este modo el progreso de todo el país a sus intereses particulares.

Lo que nos lleva a otro punto importante: no basta la apertura comercial y financiera, sino que los países necesitan un buen gobierno. *Up*, pues, las instituciones.

Up, desde luego, la formidable institución económica que es el mercado: un resultado, decimos los economistas, de la actividad humana, pero no del diseño del hombre; la institución ideal para buscar, almacenar, procesar, transformar y difundir información, y para ordenar los incentivos de los agentes económicos. A pesar de todas las protestas de los antiglobalizacionistas, el libre mercado sigue siendo condición necesaria para el crecimiento sostenido y duradero. No es una treta de los ricos para esquilmar a los pobres, sino la única manera que tienen los pobres para labrarse, ellos mismos, su senda propia hacia el crecimiento sostenido.

Pero no se puede mitificar al mercado, porque éste no funciona en el vacío. *Up*, pues, al marco institucional y legal de la economía de mercado. Los países hoy desarrollados

lo son gracias a la estabilidad macroeconómica que les proporcionan su banco central y sus políticas monetarias, fiscales y cambiarias; gracias a las políticas de competencia, que impiden que los poderosos se queden con todo, y gracias también a los sistemas de seguridad social, que aseguran a los desafortunados que no acabarán en la miseria. Si algo hemos aprendido de los intentos de Rusia para subirse al “tren del crecimiento” en los últimos años es que el mercado libre, sin un soporte institucional y legal adecuado, conduce a las mafias y a la corrupción. Si algo hemos aprendido de los cambios ocurridos en América Latina en las últimas décadas es que la liberalización, sin seguridad social y sin una actitud solidaria, acaba en desigualdades crecientes y en fracturas sociales muy difíciles de corregir. Y si algo hemos aprendido de las crisis de los países del este de Asia en los años noventa, es el peligro de una liberalización financiera sin mecanismos de regulación y control. El papel fundamental de las instituciones lo hemos aprendido los economistas al ritmo de los errores de nuestras políticas.

Permítanme que insista en este punto: un país no puede crecer de manera sustancial y sostenida sin un sistema de derechos de propiedad seguros y estables; sin un conjunto de instituciones reguladoras que fomenten la competencia, protejan a los ciudadanos contra el fraude y la corrupción, y aseguren un buen funcionamiento de los mecanismos de transmisión de la información; sin un sistema de seguridad social –no necesariamente público– que proteja a los ciudadanos de situaciones extremas de hambre, miseria e inseguridad, y sin un sistema adecuado para la resolución de conflictos: la igualdad de todos ante la ley, un sistema judicial eficiente y no corrupto, instituciones políticas democráticas, elecciones libres, un sistema adecuado de representación y defensa de las minorías, etc.

Up, decíamos hace unos años, el gobierno reducido. Hoy diríamos, más bien, *up* el gobierno eficiente y suficiente, el que asume sus funciones y las cumple sin aventuras intervencionistas, proteccionistas o redistributivas. Hay una enorme distancia entre el Estado limitado y eficaz, que gasta lo necesario, y gasta bien –en educación, salud, seguridad social e infraestructuras, por ejemplo–, y el Estado cleptocrático y despilfarrador, del que tantos ejemplos tenemos en las últimas décadas –o mejor, en los últimos milenios.

¿Es demasiado complicado todo esto? Nadie ha dicho que crecer sea algo fácil, ni mucho menos que se trate de un proceso mecánico. No hay recetas: ni sencillas, ni complicadas. Cada país tiene que encontrar su propia vía y, cuando lo ha conseguido, tiene que adaptarla a las cambiantes circunstancias internas y externas. No hay modelos ideales; no se pueden copiar las instituciones y políticas que han tenido éxito en otros lugares o en otras épocas.

Un país como España, que consigue crecer a una tasa media anual del 3%, deja a la siguiente generación, al cabo de un cuarto de siglo, un nivel de vida doble del que recibió de sus antepasados, mientras que el que crece a una tasa del 0,5% anual tardará casi siglo y medio en repetir ese logro. Por eso, crecer es tarea de todos: todos jugamos, aunque no todos nos sintamos protagonistas de ese proceso.

Y aquí aparece la última dimensión a la que quería referirme: la de la cultura –y, obviamente, no me refiero a la literatura, al arte o al folklore, sino a eso que Juan Pablo II ha llamado «la verdad sobre el hombre», la adecuada comprensión de lo que el hombre es y de lo que necesita para ser. Después de referirse a esa actividad humana que «requiere la participación directa de todo el hombre», «de su creatividad, su inteligencia, su conocimiento del mundo y de los demás hombres» y «su capacidad de autodominio, de sacrificio personal (y) de solidaridad», el Papa afirma que «la primera y más importante labor se realiza en el corazón del hombre», porque «el modo como éste se compromete a construir el propio futuro depende de la concepción que tiene de sí mismo y de su destino».

Esto es algo que los economistas no hemos contemplado hasta ahora al estudiar la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, que es el tema central de nuestra ciencia, de acuerdo con el ya famoso título de la famosa obra de Adam Smith. Hasta ahora, hemos visto el crecimiento como algo apasionante: poderoso y frágil, prometedor y amenazador. Me parece que he conseguido entender la reticencia de tantos –defensores del crecimiento cero, en los años sesenta; antipopulacionistas, en los setenta, antiglobalizacionistas, en los noventa– que se han fijado sobre todo en los riesgos y en las amenazas inherentes a la actividad humana. Es un temor legítimo, yo diría que lógico... a menos que uno tenga una formidable confianza en la persona humana como un ser libre y creativo, capaz de modelar la historia y de modelarse a sí mismo; capaz de entender la verdad sobre sí mismo, sobre el camino para crecer en su ser –la ética– y sobre el modo de construir una sociedad más justa, más rica y más humana en la que vivir.

Observarán ustedes que apenas he hecho referencia a algunos de los debates actuales a los que asistimos, en la calle y en los medios de comunicación, acerca de la globalización, del presunto fracaso del modelo capitalista de crecimiento y de la necesidad de una alternativa. Cuando empecé a preparar esta lección consideré que no era el lugar adecuado para discutir esos temas. Y, sin embargo, me parece que he dado numerosas claves para entender la naturaleza del problema, las posibles soluciones al mismo y, sobre todo, cuál me parece que debe ser la actitud que los profesores y alumnos de una universidad deben adoptar ante este tipo de cuestiones.

Primero, si la universidad no debe vivir de espaldas a la sociedad de la que forma parte y a cuyo servicio debe estar, es lógico que la universidad se haga eco de esos problemas, porque son problemas reales, al menos en cuanto que preocupan a muchos ciudadanos.

Pero, segundo, la universidad tiene un compromiso con la verdad. Por tanto, no debe entrar apresuradamente en esas discusiones, sino que debe estudiar los temas con detenimiento, reunir la información necesaria, analizar las causas y formular recomendaciones prudentes. Esto es lo que he intentado en esta lección, no sé si con éxito o sin él.

Y tercero, la universidad debe pretender un conocimiento integrado de la verdad. Cada disciplina puede aportar aspectos, vertientes de esa verdad, pero no puede pretender abarcarla toda, ni mucho menos puede excluir arbitrariamente los puntos de vista de otras ciencias. Reconozco que los economistas hemos actuado así, con frecuencia, en el pasado. Pero también hemos aprendido de nuestros propios errores. He hecho referencia antes a la dimensión que he llamado cultural, antropológica, de los problemas del crecimiento, de la riqueza, de la justicia y de la solidaridad entre las naciones. Esta dimensión no la aporta –no puede aportarla– la economía. Ni la sociología. Ni el derecho. Ni la historia. Tiene su fundamento en la filosofía. Pero sospecho que los filósofos no serán capaces de desarrollarla si no entienden la naturaleza económica (y también política) de los problemas con los que nos enfrentamos. En una palabra, la universidad debe emprender el estudio de los grandes problemas de la sociedad del siglo XXI como problemas interdisciplinares, que eso son.

Sé bien que ésta es la concepción que inspira la Universitat Internacional de Catalunya. Por eso, al acabar hoy mi lección, quiero felicitarles por su ideario, por su empuje, por el optimismo desplegado en estos pocos pero fecundos años de vida... Y animarles a todos a continuar en la tarea, porque... estamos ante un reto formidable.

Muchas gracias.